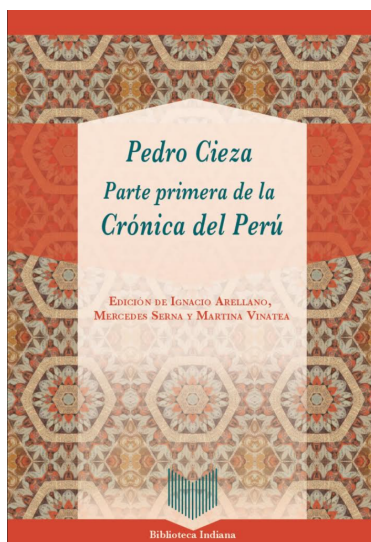


Cieza de León, Pedro, *Parte primera de la Crónica del Perú*, edición de Ignacio Arellano, Mercedes Serna y Martina Vinatea. Madrid / Frankfurt am Main, Iberoamericana / Vervuert, 2025. 541 pgs. ISBN 978-84-9192-540-8.

Reviewed by: Kristel Tapia Sardi (Universidad de Navarra, España)



Es un placer para todo aquel que se interese por la cultura del Perú tener en sus manos una edición tan rigurosamente trabajada de uno de los testimonios más tempranos y ambiciosos sobre el mundo andino del siglo XVI. Escrita entre 1541 y 1550, la *Parte primera de la Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León refleja el esfuerzo de organizar, desde la experiencia en carne propia de su autor, una visión del Perú en el momento mismo de su incorporación al mundo imperial español. Hoy tenemos la fortuna de contar con esta edición a cargo de Ignacio Arellano, Mercedes Serna y Martina Vinatea, publicada en la prestigiosa colección “Biblioteca Indiana” de Iberoamericana / Vervuert, que no se detiene en simplemente reproducir el texto; va más allá, y lo restituye en su complejidad, lo contextualiza con rigor y lo vuelve plenamente legible para el lector contemporáneo.

Ya de entrada hay buenas razones para presumir la excelencia de esta nueva edición. La solvencia del volumen descansa, ante todo, en el perfil de quienes lo han preparado: Ignacio Arellano (Universidad de Navarra, GRISO), cuya labor en la edición crítica de textos del Siglo de Oro es sobradamente conocida; Mercedes Serna (Universidad de Barcelona), una destacada estudiosa de la literatura virreinal, especialmente de las crónicas de Indias; y Martina Vinatea (Universidad del Pacífico, Lima), que ha contribuido decisivamente a los estudios indianistas desde el Perú, configuran un equipo cuya autoridad académica parece indiscutible. El resultado es justamente ese rigor filológico que siempre debemos valorar, pero también —y esto es menos frecuente— una mediación interpretativa que no asfixia el texto, sino que lo acompaña. Hay también otro elemento que conviene subrayar, y es el carácter transatlántico de esta empresa, paralela a la propia obra de Cieza, que ya es en sí misma un puente entre mundos. Aquí la lectura articula con sorprendente naturalidad perspectivas europeas y americanas. Su equilibrio, tan difícil de alcanzar en un campo

atravesado por inercias ideológicas, es uno de los logros más silenciosos y, por ello mismo, más valiosos de la edición.

El estudio preliminar constituye, quizá, el núcleo de esta restitución. Este revela con precisión el proyecto historiográfico de Cieza. No hay en ello un afán de sistematización, sino la intención de exhibir la arquitectura que el propio texto, en su fluir narrativo, tiende a disimular. La crónica responde a cuatro propósitos bien definidos: el primero, preservar la memoria histórica para el porvenir; el segundo, inscribir los acontecimientos en una lógica providencial; el tercero, dar cuenta de la expansión de la Corona; y, finalmente, el cuarto, ofrecer un ejemplo moral para futuras generaciones. En estas páginas introductorias, los editores, tras recordar los datos esenciales relativos a la biografía de Cieza, analizan con detalle diversos aspectos de la *Crónica del Perú* (argumento, fuentes, presencia del autor en la obra, finalidad), así como la relación de Cieza con el Inca Garcilaso, las ideas sobre la conquista que refleja el texto, las cuestiones religiosas (actos diabólicos de los indígenas, su conversión, etc.) y económicas implicadas en el texto, así como su estilo.

De todos estos aspectos, uno de los más interesantes es sin duda alguna el posicionamiento del autor con relación a la conquista. Cuando Cieza analiza los hechos históricos, rehúye las simplificaciones y se instala en esa tensión que sitúa, por un lado, el reconocimiento —a veces explícito, a veces apenas sugerido— de la violencia ejercida sobre los indígenas, y por el otro, la justificación de la empresa evangelizadora. Cuando el propio cronista afirma que “aunque muchos españoles maltrataron a los indios, también llevaron el cristianismo”, condensa esa ambivalencia, y la edición tiene el mérito de no resolverla en favor de ninguna lectura tranquilizadora. La deja, más bien, en su incomodidad, que es donde adquiere su verdadero sentido. Y esa misma complejidad se manifiesta en el propio texto con momentos de una lucidez que sorprende por su franqueza. Por ejemplo, en el capítulo LXI, donde el cronista declara: “no apruebo cosa alguna, antes lloro las extorsiones y malos tratamientos y violentas muertes que los españoles han hecho en estos indios” (p. 342). Esa coexistencia en una misma voz de la denuncia y la legitimación no es anómala; es una de las claves de la lectura de las crónicas. Y es la inclusión y contextualización de estos pasajes lo que permite al lector advertir que la obra no se deja reducir a una posición unívoca.

Otro aspecto que distingue de manera decisiva esta edición, y que ha sido valorado muy positivamente por otros lectores, son las más de 800 notas a pie de página que, a diferencia de otras ediciones en las que cumplen una función subsidiaria, aquí constituyen un verdadero campo de mediación espacio-temporal. Las anotaciones no interrumpen la lectura; de hecho, la sostienen. Estas obedecen a distintos objetivos. Las notas léxicas, por ejemplo, aclaran términos arcaicos o en desuso —como *cocar*, definido como “hacer cocos o gestos” (p. 139)—, sin violentar la textura del lenguaje. Las históricas sitúan a los personajes y episodios en su contexto preciso, como cuando el autor menciona una serie de figuras (Pedro de Alvarado, Alonso de Alvarado, Garcilaso de la Vega, Juan de Saavedra y Suer de Cangas). En la nota 462 (p. 302), los editores añaden datos de sus trayectorias y los sitúan en el contexto de las expediciones y conflictos del periodo. Asimismo, son muy interesantes las notas geográficas y culturales, porque son precisas para reconstruir el mundo de Cieza sin volverlo opaco o fragmentario. Cuando, por ejemplo, el cronista menciona el río Guaman (p. 370), la anotación no se detiene solamente en la traducción del término —‘río del halcón’—, sino que lo inscribe en las referencias de otras crónicas, como es la de Betanzos. Este aparato crítico tiene como consecuencia fundamental el transformar la experiencia de lectura para volverla accesible

sin perder su densidad original, expandiendo el texto, contextualizándolo y poniéndolo en diálogo con la historiografía moderna.

A ello se suma el excelente trabajo de crítica textual aplicado para la fijación del texto. Los editores toman como texto base la edición príncipe de 1553, pero —de acuerdo con los criterios del Grupo de Investigación Siglo de Oro (GRISO) de la Universidad de Navarra— han procedido a modernizar las grafías sin relevancia fonética. Eso sí, conscientes de que la edición de las crónicas de Indias “propone algunos problemas peculiares” (p. 55), respetan los topónimos y antropónimos originales, así como las formas que utiliza Cieza cuando reproduce vocablos procedentes de lenguas nativas. Todo esto responde a un propósito que busca conciliar fidelidad y legibilidad, pues ¿de qué vale comprender un texto si pierde su esencia original? El recuperar la crónica, en un texto críticamente fiable, pero al mismo tiempo claro y sobrio, permite una lectura fluida que no sacrifica en modo alguno el rigor académico.

Por todo lo anterior, podemos afirmar que esta edición de la *Crónica del Perú* de Cieza de León no se limita simplemente a rescatar un texto fundamental de la tradición cronística, sino que además lo restituye a una zona más próxima, pero a la vez, más exigente, para sus lectores contemporáneos. Gracias al impecable trabajo editor y anotador de Arellano, Serna y Vinatea, podemos apreciar el texto como un espacio de reconocimiento. No solo asistimos como lectores a la descripción de un territorio, sino que también nos enfrentamos, de hecho, a una forma temprana —y todavía inquietante— de mirarlo y nombrarlo. Hay en esta experiencia una suerte de regreso a un origen ambiguo, que no nos pertenece del todo, pero tampoco nos es ajeno, y que, leído desde el ahora, adquiere una especial resonancia. Tal vez ahí se encuentra la mayor virtud de esta edición: hacer que esa voz antigua, con sus limitaciones, continúe interrogando, sin intermediarios, a quien se aproxima hoy a ella.